

desafío a las corrientes que desconfían de la memoria biográfica y la entienden una superchería, una variante más de la ficción. Tú desarrollas además un lenguaje de una enorme precisión (a veces poética). Me preocupa mucho la gramática de la autobiografía ¿crees que tiene sus propias formas expresivas?

— Y a mí también me preocupa eso que llamas la gramática de la autobiografía. Yo creo que una autobiografía tiene que estar bien escrita, eso por supuesto; pero entendiendo que «bien escrita» significa en este contexto que todo debe estar supeditado al objetivo autobiográfico: el dar cuenta de la vida de uno con veracidad y precisión. En ello se asemeja al buen periodismo. En el momento en que la preocupación por la forma domina a la veracidad y la precisión entramos en el reino no de la ficción sino de la convención, y ya la autobiografía no puede creerse del todo, de la misma manera que nadie toma a pie juntillas el «estoy encantado de conocerle» que aplicamos todos los días cuando nos presentan a gentes a algunas de las cuales detestamos y lo saben.

— *En 1987 escribiste un artículo en El País, «Autobiografías» (que figura en el libro Temas. Hombre, cultura, sociedad, Península, 1989) donde exponías las dificultades de la escritura autobiográfica. ¿Qué pasó después que te hiciera rectificar? ¿O es que era un aviso de sus dificultades?*

— Señalaba las dificultades en ese artículo, pero —perdona mi petulancia— no las pensaba para mí, sino que trataba de precaver al lector respecto de las autobiografías que hasta entonces había leído y que me parecían engañosas.

— *¿Puedo preguntar en cuáles estabas pensando? ¿Y por qué te parecían engañosas?*

— Ahora que me lo preguntas te diré algo un poco grueso: en todas. Memorias, diarios: siempre me han decepcionado, desde Goethe y Rousseau, desde Amiel y Gide, el mismo Kafka; o entre nosotros Baroja, González Ruano. Algunas decepciones son totales, otras parciales. ¡Cuánto miente y sobre todo cuánto oculta Rousseau y cómo se le nota! ¡Cuánto ocultó Gide, con el pretexto de que vivía su mujer; y cuando muere ésta, cuánto sigue ocultando, aunque de otra manera! Claro, un problema de este tipo no se plantea con la novela por principio, por definición.

— *María Zambrano considera que el arte es la salvación del narcisismo y entiende que la escritura autobiográfica encierra un riesgo mortal, siempre al borde de la exhibición (incluso de lo que no se es) antes que de la búsqueda. Narcisismo y autobiografía: ¿qué piensas?*

— Sin duda, hay ese riesgo en la autobiografía que señala María Zambrano. Pero yo creo que hay muchos, y lo pienso de mí mismo, que hemos escrito nuestra autobiografía como una forma de servicio, al modo como el historiador sirve al lector tras su investigación documental en archivos y bibliotecas. Claro es que a eso que he llamado servicio se pueden adjuntar otros objetivos: toda conducta humana es pluriintencional o plurimotivacional y siempre, siempre, escondido, está el último motivo: la gratificación narcisista. ¡Pero eso es lo que se pretende en toda acción humana, no sólo en el arte!

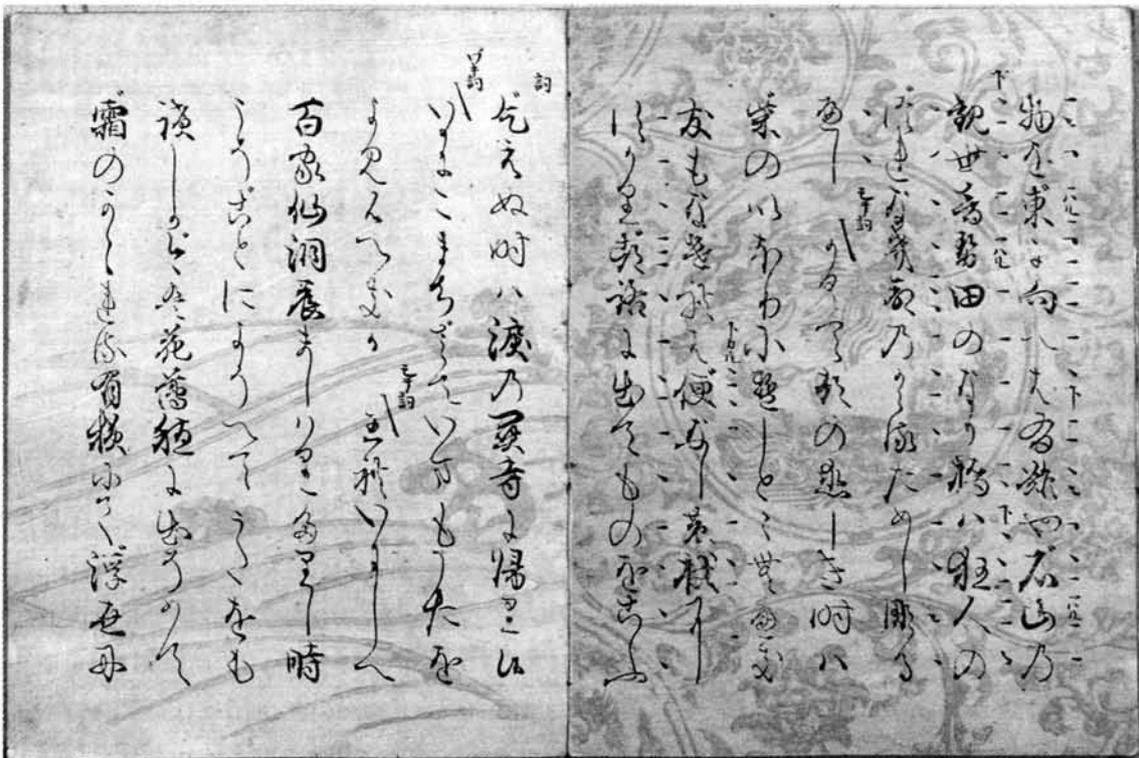
— *¿Cómo va la continuación de Pretérito imperfecto?*

— Llevo ya unas 200 páginas de la primera versión. Luego vendrán —como siempre— cinco, seis versiones. Hasta que al final, como los toreros desesperados ante la imposibilidad de lograr la muerte del toro, doy lo que en el argot taurino se denomina «un golletazo» y me digo a mí mismo: basta ya.

— *Para terminar, tú has dedicado cientos, miles de horas a la consulta psiquiátrica. Imagino que la gente se ha abierto contigo mostrando su cara más oscura y problemática. Te han contado sus angustias, sus zozobras, sus obsesiones, su locura a veces... es decir, estás acostumbrado a conocer los aspectos más sombríos o simplemente desdichados de la naturaleza humana. ¿Puede considerarse tu Teoría de los sentimientos como la síntesis de la experiencia adquirida y al mismo tiempo una mano tendida para clarificar el confuso universo emocional?*

— No, decididamente no. Yo no he escrito nunca para «ayudar» sino para dar a conocer. Siempre me ha interesado más el saber por sí mismo que su aplicación; y en el universo de mi profesión, más que el diagnóstico (que es una simplificación, necesaria pero simplificación al fin, como lo es toda clasificación, sea de enfermedades, sea de animales o plantas), el por qué (las causas y los motivos) se ha llegado a esa situación viciosocircular de la cual no se puede porque no se sabe salir, y cuál es la característica de lo que ocurre en tanto proceso mental y anómalo. Aun considerando que la

aplicación de un conocimiento, como lo es la técnica en general, se puede llevar a cabo sin el conocimiento teórico del cual deriva (el técnico no es un científico, ni lo es, pues, el médico que diagnostica y trata), desde hace ya muchos años concluí que el saber –el saber correcto (lo que es un pleonismo, porque ése es el único saber)– es por sí terapéutico en el sentido amplio de la palabra. Con mis pacientes, me ha ocurrido muchas veces que, tras la dilucidación de una fobia, de una obsesión, de una crisis de angustia, me decían: «bueno, ya lo sé, ¿y ahora qué?». Yo les digo, provocando la perplejidad a veces: «¿Le parece poco? Imagínese un niño al que le enseñan que 7 y 8 son 15 y que preguntara al maestro a continuación: ¿y ahora qué?» Saber es «elevarse», el saber nos eleva sobre el hacer titubeante, elemental, no consciente.

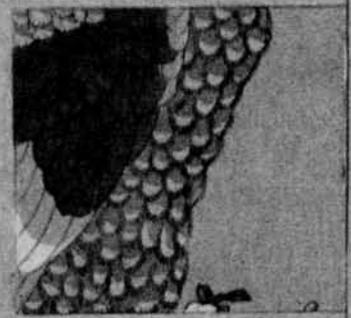


橫濱賣物圖繪所

橫濱唐物店圖

玉板油繪

紅鸚鵡



銅板繪彩色

五堂
堂
堂

